

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

Textos y documentos

Número 357

Barcelona, 24 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Se sienten perdidos. Es una impresión más fuerte que ellos mismos y que les es imposible disimular. Ni siquiera pueden buscar en otras zonas el desquite.

(Del artículo: "La tercera batalla de Teruel").

OPINIONES

La tercera batalla de Teruel

Ha comenzado la tercera batalla de Teruel. ¿Como se esperaba? Pensando con rigor lógico, no se esperaba. Todos los críticos militares del mundo, afectos y desafectos, han coincidido en apreciar que ya la segunda batalla turolense, que tuvo como base la contraofensiva facciosa para recuperar la ciudad perdida, fué un disparate desde el punto de vista bélico. La disculpaban ciertas razones, entre políticas y sentimentales. Dentro del cerco urbano quedaban unos miles de facciosos y no se les podía dar, ni a ellos ni a las gentes de la retaguardia, la impresión de que se les abandonaba a su suerte. El error militar era menos grave que el error político. Los rebeldes optaron por el mal menor. El desamparo de los sitiados en Teruel, por aquellos días, hubiera sido la declaración más explícita de impotencia. Había que intentar lo que se pudiera. Se intentó y se perdió clamorosamente. La segunda batalla nos fué aún más favorable que la primera. Teruel, limpio de enemigos, quedaba en alto, por la República. Franco no tuvo más remedio que declararlo y, como se hace en estos casos, trató de quitarle a la pérdida toda importancia. Parecía lógico que los facciosos hubieran desistido del empeño que había malbaratado todos sus planes. ¿Por qué, pues, emprender la tercera batalla, a los diez días de la segunda y al mes de la primera? ¿Qué se les ha perdido a los rebeldes en Teruel? ¿Tan valioso es que lo posponen todo a su recuperación?

La tercera batalla de Teruel nos descubre, nos confiesa más bien, el mecanismo psicológico esencial de los facciosos y, al mismo tiempo, nos señala el camino de la victoria republicana. Esta tercera embestida rebelde — ya sin el juego de recortes sentimentales que la justifiquen — es contraria a todas luces de la razón. Críticos imparciales lo han dicho: incluso en el caso de que los secuaces de Franco reconquistaran Teruel, la República habría obtenido una gran victoria. Es decir, los facciosos se exponen a perder como cien y, en el caso más favorable, a ganar como cincuenta. Mal negocio. ¿Por qué, entonces, lo acometen?

A mi juicio, la respuesta es sencilla. No se me ocurre ahora. La había entrevisto cuando en las épocas dolorosas uno instigaba su ansiedad dolorosa, imaginando por anticipado lo que la realidad de nuestro Ejército nos ha traído. Es ésta: la moral facciosa no puede encajar una derrota. No se trata de orgullo ni de puntillo, ni de amor propio jaquetón, aunque mientan estos elementos. Se trata de algo más serio. No pueden encajar una derrota; porque les quita toda razón de existir como tales sublevados, que es lo que son y lo que se sienten en lo íntimo de la conciencia, aunque disimulen este sentimiento tras nubes de literatura cursi y repugnante. Recuérdese que en la primera semana de la sublevación, ante su fracaso en Madrid, Cataluña, Valencia y el Norte, se dieron por perdidos y estuvieron a punto de rendirse. En aquellos días, un oficial le quitó a Mola el revólver con que iba a quitarse la vida. Entre este gesto — el único digno que le quedaba después del crimen primero — o la traición a su patria, prefirieron ésta. Los pactos de ayuda establecidos anteriormente con Italia y Alemania, se convir-

tieron en contratos de venta del territorio y la dignidad nacionales. Con esto, a su entender, aseguraban el triunfo. Durante largos meses angustiosos, los acontecimientos parecieron darles razón. Triunfaban. No pedían más. Su rebeldía estaba, a sus ojos, justificada. Pero llega la quiebra con la derrota de Teruel, y todo el tinglado moral y mental de los facciosos se viene abajo. Vuelven de nuevo a encontrarse en la situación de la primera semana. Se sienten perdidos. Es una impresión más fuerte que ellos mismos y que les es imposible disimular. Ni siquiera pueden buscar en otras zonas el desquite. Tienen que borrar la mancha que los pone en evidencia. Y entonces, contra todos los consejos del sentido común y contra todas las leyes estratégicas y tácticas, vuelven a la carga sobre las murallas defensivas de Teruel. Con gusto arrostrarían cualquier otra vergüenza, por infamante que fuera; pero en esto también hay límites. No les queda más remedio que volverse a la desesperada, para recubrir el talón de Aquiles, que se les ha descubierto. No me gusta la comparación, porque su apariencia peyorativa le quita valor al razonamiento; pero imaginad un ladrón que entra en vuestra casa. Salís a cortarle el paso en la misma puerta. El ladrón es más fuerte, os puede, os golpea y os obliga a retroceder. Del recibidor os lleva al salón, de aquí al comedor, luego a la alcoba y llegáis a la última habitación de la casa. Aquí, con las espaldas pegadas a la pared, seguis defendiéndolos. ¿Qué vais a hacer? ¿Os queda acaso otro remedio? ¿Os vais a dejar robar cobardemente? Un imperativo dictado moral os conmina, por una parte, y, por otra, mantiene vuestra fortaleza. Mientras os quede un hálito de vida y un palmo de terreno, lucharéis para rescatar lo que es vuestro, sin posibilidad de opción, porque la renuncia significaría el renunciamiento a todo lo que sois y lo que significáis.

Por vosotros y vuestros hijos, cuya miseria sería baldón de la flaqueza de los padres. Pero cambiad las tornas. Imaginad que un ladrón entra en vuestra casa y, pasado el primer impulso de la sorpresa, rehecho y afirmado, le golpeáis duramente. ¿Pensáis que el miserable irá defendiendo, metro a metro, lo que no es suyo? No. Las reacciones lógicas le llevarían a esta reflexión: «Sí, me he equivocado. Aquí no se puede hacer nada. Huyamos.» Un ladrón entra a robar: Si en vez de botín encuentra golpes, ¿por qué ha de insistir? ¿Dónde hallará la fuerza moral para insistir? En estos términos está planteada la lucha entre la República y los facciosos. Por eso, a todo trance, quieren sacarse la espina de Teruel. Porque los facciosos no pueden, ni a sus propios ojos, aparecer como apaleados.

Presentimos que el camino de la victoria republicana es corto, lo que no quiere decir que sea fácil, ni hacedero. Pero es corto, muy corto. Bastaría, para recorrerlo, dos victorias como la de Teruel. La tercera batalla emprendida en los alrededores de la ciudad bajoaragonesa nos lo demuestra plenamente.

PAULINO MASIP

(Escrito expresamente para el "Servicio Español de Información".)

Nota del ministerio de Defensa Nacional

El bombardeo de esta madrugada sobre el casco urbano de Valencia, a que se refiere la nota anterior, lo realizaron nueve aviones. Han quedado destruidas varias casas. Los muertos son trece y los heridos se aproximan al centenar.

Los diputados laboristas ingleses, de regreso de Madrid, debían haber pernoctado, anoche, en Valencia; pero, deseosos de concurrir en Tarragona al entierro de sus compatriotas, muertos a bordo de un barco británico, decidieron, a última hora, continuar su viaje, albergándose en Benicarló. Por esta circunstancia, se han visto libres de las contingencias del bombardeo de esta madrugada, mucho más intenso que el verificado durante su anterior estancia en Valencia.

En Guixols, un bombardeo ha derruido la Casa Consistorial y otros edificios, de entre cuyos escombros han sido extraídos ya diez cadáveres, creyéndose que aun se encontrarán otros más.

Diez aviones facciosos bombardearon intensamente la ciudad de Barbastro, causando víctimas, cuyo número no se puede fijar aún.

El juicio de un crítico militar alemán sobre las operaciones de Teruel

Telegrafian de Berlín:

El coronel von Xylander, profesor de la Academia de Guerra de Berlín, ha publicado, en el «Berliner Tageblatt» del 18 de enero, un artículo dedicado a las operaciones de Teruel, en el que leemos lo siguiente:

«Con la caída de la ciudad, desaparece el objetivo de la contraofensiva nacionalista. Un nuevo avance hacia Teruel no proporcionaría ninguna ventaja estratégica y no tendría tampoco importancia para futuras operaciones, pues el aniquilamiento del adversario, en este lugar, parece imposible, debido a la configuración del frente.

«Los republicanos no sólo han conseguido un buen éxito con la toma de Teruel y las pérdidas infligidas a los nacionalistas. Han demostrado, sobre todo, que sus tropas, recientemente instruidas, son más fuertes de lo que generalmente se creía y que sus mandos, por primera vez en esta guerra, han impuesto su voluntad al enemigo y se han mostrado hábiles. Se puede pensar que la culpa es, en parte, de Franco, que ha intentado libertar Teruel en vez de tomar la iniciativa en un lugar elegido por él.»

(«Le Temps», 21-1-37.)

Pese a las anormales circunstancias, las uvas y la naranja españolas son preferidas en el mercado noruego

Oslo. — El director de la administración municipal de este puerto noruego, ha manifestado a la prensa que, pese a las circunstancias tan anormales por que atraviesa la República española, las importaciones de frutas de España continúan realizándose con regularidad.

El mercado de este país, que absorbe una importante cantidad de la producción frutera española, continúa siendo abastecido con envíos de importancia. Las uvas de Almería, tan estimadas por los noruegos, han aparecido en las tiendas durante las pasadas Navidades, como en anteriores años, y la naranja española todavía compite, con ventaja, con las de Italia y Palestina.

El pueblo noruego se ha percatado de que, comprando frutas españolas, contribuye a aumentar la notable ayuda que presta al pueblo que lucha por la independencia de su patria.

El "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

En 3.ª página: ENTIERRO DE LOS CUATRO MARINEROS INGLESES DEL "THORPENESS", EN TARRAGONA

Cómo se administra justicia en la España Republicana

Otra sentencia generosa contra unos reos incurso en el delito de adhesión a la rebelión contra la República

LOS HECHOS DE AUTOS

Aquellos hombres iban y venían por la sala del edificio con la agitación de una impaciencia belicosa. ¿Les habrían engañado los militares, faltando a su palabra de sumarse a la rebelión contra la República? Esta sospecha les hacía profirir crudas exclamaciones y hasta algunas blasfemias, con olvido de su condición política de tradicionalistas, que se titulaban defensores del catolicismo. Ya llevaban más de una semana reunidos en aquel local del Patronato de la Juventud Obrera, institución de carácter religioso instalada en la calle de Landerer, de Valencia, en donde esperaban que las tropas salieran a la calle, momento que ellos habían de aprovechar para unirse a ellas y dominar al pueblo por la fuerza de las armas.

Contaban, como elemento de enlace, con el portero de la finca. Este hombre les traía noticias del exterior, que eran recibidas con impresiones. Los militares de Valencia permanecían encerrados en los cuarteles, sin decidirse a tomar una determinación, temerosos de la violenta reacción del pueblo en caso de que aquéllos siguieran la misma conducta de las guarniciones que, en aquella segunda quincena de julio del 36, se habían sublevado en Marruecos y en diferentes ciudades españolas.

Así iban transcurriendo los días, sin que los grupos de paisanos fascistas, distribuidos en varios reducidos de la ciudad, se aventuraran a obrar por su cuenta. Aquéllos del Patronato estaban preparados desde el día 17 de julio, en que se instalaron en aquella posición estratégica, en una de las angostas calles de la Valencia vieja. Dentro del local tenían almacenadas las armas y las municiones, y guardaban las boinas rojas y los uniformes con que habían de revestirse en cuanto comenzase la lucha. Todo ello les había sido llevado en carros cargados con sacos que dejaban ver, por su abertura, una capa de hortalizas para disimular el bélico contenido interior.

Un día les trajo el portero unas noticias inquietantes. De pronto, según él, el pueblo, exasperado por la actitud sospechosa de algunos elementos de la guarnición, había asaltado el cuartel de Caballería, después de unas horas de lucha. Aquello era, sin duda, la iniciación del fracaso de los fascistas en Valencia, en donde vibraba impetuoso el espíritu de los defensores de la libertad.

Estos acontecimientos hicieron estremecer, en repentina alarma, a los congregados en el Patronato, quienes adoptaron la nerviosa determinación de la desbandada.

Cuando, minutos después, llegaron las patrullas populares y se hicieron cargo del edificio, ya varios de sus ocupantes habían escapado, ocultándose en paraderos ignorados.

Sólo un grupo de insurgentes cayó en poder de las fuerzas republicanas. Entre los detenidos estaban el sacerdote Antonio Puche González y Amalia Gallego Dánvila, esposa ésta del portero, Juan Bautista Seguer.

¿COMO HUBIERAN SANCIONADO LOS FACCIOSOS ESE MISMO DELITO?

Los hechos delictivos quedaron plenamente probados en el acto del juicio celebrado ante el Tribunal Popular número 2 de la Audiencia de Valencia. Los del grupo de inculcados no pudieron negar el hecho de su concentración en el local

del Patronato, ni el de haber reunido armas y uniformes. Tan sólo para desviar en lo posible su responsabilidad, se limitaron a decir que su actitud estaba motivada por el propósito de defender el edificio, caso de que éste fuese atacado por el pueblo. Claro que esta alegación, sin consistencia, trascendía a débil excusa inadmisibles. El fiscal lo hizo comprender así en dos de sus conclusiones. Primera: la afirmación de los procesados daba a entender que éstos conocían la preparación del alzamiento militar, por cuanto temían que, como consecuencia de este hecho de armas, se aprestase el pueblo a la contienda, y segunda, era absurdo el hecho de que, sólo ante la sospecha de que el edificio del Patronato pudiera ser atacado, unas personas de vida acomodada abandonasen sus casas, se trasladaran a aquel lugar, se pertrecharan de armas, municiones, uniformes y víveres, y permanecieron allí días y días, sin otra justificación que la de aguardar una agresión que ellos ignoraban si ciertamente se habría de producir.

La prueba testifical fué abrumadora para los encausados. En estas circunstancias, ¿cuál habría sido la sanción impuesta por un Consejo de guerra, si los hechos hubiesen ocurrido (claro que al revés) en una ciudad dominada por los fasciosos? Sin embargo, la pena máxima que el Tribunal Popular impuso en este caso fué la de seis años de reclusión para algunos encartados y la de dos años para otros.

Los mismos condenados, Juan Pérez Martínez, Agustín Martínez Hernández, Gabino Hernández Villanueva, Antonio Paula Morandei-

ra, Juan Selva Mergelina, Francisco Jiménez Torres, Rosendo Sánchez Engasa, José Escuder Gil, al conocer el fallo, hicieron patente su reconocimiento a la justicia republicana, ya que ellos, conscientes de la gravedad del delito por el que se les juzgaba, no esperaban, porque no creían merecerla, esta generosidad de la República.

EL CASO DEL SACERDOTE PUCHE Y EL DE LA ESPOSA DE UNO DE LOS DELINCUENTES

En la misma sentencia fué absuelto el sacerdote Antonio Puche González. Los jurados sentaron la teoría de que ese religioso se había limitado a acudir al Patronato para decir misa ante los allí reunidos, y que, además, no se probó que se sumara abiertamente a la actitud de lucha de los otros tradicionalistas que con él ocupaban aquel local.

La absolución de la mujer del portero—acordada en el mismo juicio—demuestra el fondo de bondad sentimental de la justicia republicana. Amalia Gallego Dánvila se había enterado, naturalmente, de cuanto ocurría en el Patronato. Debió ponerlo en conocimiento de las autoridades; no lo hizo porque su denuncia significaba tanto como entregar su esposo a la sanción de la Justicia. Los jurados, en su veredicto, reconocieron que era muy humano que la procesada hubiera pretendido, con su silencio, salvar al padre de sus hijos. Por el afán de amparar a su marido, fué encubridora. Y los jurados del pueblo, comprensivos y benévolos, la declararon exenta de responsabilidad penal.

Lo que dice un periodista suizo

La verdad de lo que ocurre en España se abre paso en Europa

La United Press — dice L. Nicole en el diario «Le Travail» — y los periodistas que oficiosamente reproducen su servicio, pierden lastimosamente el tiempo. La verdad sobre España acaba por abrirse camino.

A pesar de cuanto escribió M. Fabre en «La Suisse» para convencer a los lectores de que los rebeldes habían reconquistado Teruel, esta ciudad se halla, como se hallaba entonces, en manos de los republicanos, lo mismo que en las sólidas manos del Ejército de la República se encontraba Madrid cuando M. Fabre, a principios de enero del año 1937, quería convencerse de que había sido conquistado por Franco.

La guerra española ha demostrado que las falsas campañas de Prensa, por bien aderezadas que estén, por ricamente adornadas de galas literarias que se presenten, no pueden nada contra la verdad.

Las masas proletarias han aguantado estoicamente el golpe de la avalancha de mentiras publicadas y radiadas en todos los tonos y por todas partes por los amigos de los facciosos.

Ahora es el circunspecto «Temps», especie de Gaceta Oficial de los conservadores franceses, el que se ve obligado a aceptar, después de la toma de Teruel por los republicanos, que su ejército está sólidamente organizado, equipado y disciplinado. Su corresponsal no cesa de

elogiar la resistencia de este ejército, la inteligencia y la habilidad de sus jefes. Cuando dijimos aquí mismo estas cosas, al regreso del frente de Madrid, toda la Prensa clamó contra nosotros, afirmando que nada sabíamos de esas cosas. La opinión del colaborador militar del «Temps», que se aproxima sencillamente a la nuestra, viene a probar que en Suiza el simple soldado, que se hace periodista, puede apreciar más fácilmente que muchos oficiales, periodistas de la «Gazette», del «Journal de Genève» y otras hojas del mismo estilo, el valor de un ejército. Es verdad que el primero que hizo la movilización como soldado, ha ido a informarse en el terreno, mientras que los vivarachos oficiales de la «Gazette» y del «Journal de Genève» han oído hablar de la guerra internacional por boca de sus señores, señores que pusieron sus preciosas personas al abrigo de todo peligro, detrás de la frontera suiza.

A falta de victoriosos franquistas que el mismo «barbero de Sevilla» renuncia a pregonar a los cuatro vientos, la «United Press» nos habla del alza del coste de la vida en España. El autor de estas líneas comía el 26 de noviembre, a mediodía y en compañía de algunos amigos, en las Ramblas de Barcelona, en el Hotel Internacional. Casa considerada como una de las mejores, aunque sirve, claro está, los cubiertos de guerra permitidos por el control

de la alimentación. Un excelente arroz preparado con pescado de mar, una sopa, algunos entremeses, fruta, naranjas y mandarinas a discreción, así como vino también a discreción, todo ello costó a razón de 9 pesetas por persona. Nada más, porque en España el personal no admite ninguna propina bajo ningún pretexto.

Y esto en ese hotel. La comi-

da corriente en España cuesta 4'50 — vino incluido —, que es lo que pagamos en Cuenca.

La «United Press» no logra perturbar la opinión de Europa con sus informes sensacionales sobre los precios de la alimentación en España, como no la perturbará con sus fantasmagóricas victorias fascistas.

(«Mañana». Barcelona, 21-1-38.)

Los antifascistas de Costa Rica rinden homenaje a la memoria de Federico García Lorca

Un notable trabajo del escritor Vicente Sáenz

Con motivo de un homenaje tributado a la memoria de Federico García Lorca, por la Liga Democrática Antifascista de San José de Costa Rica, el brillante escritor Vicente Sáenz pronunció un interesantísimo discurso.

Hizo constar la profunda significación del homenaje, porque hasta la fecha no se había celebrado nada semejante en memoria del poeta, en ninguna de las Repúblicas centroamericanas, a excepción de Panamá.

Recuerda su amistad cordial con García Lorca y las relaciones que con él sostuvo en la Alianza de Intelectuales de Madrid, cuando acababa de llegar a España. No pudo sospechar—dijo—, al despedirnos en julio de 1936, que su viaje hacia la luz de Andalucía era el viaje hacia la eterna sombra. Al pie de la sierra nevada quería tomar su descanso. Y allí quedó tendido el poeta.

Alude Vicente Sáenz a los autos de fe celebrados en Sevilla, en Zamora, en Burgos, en Bilbao, en San Sebastián, en Salamanca, allí donde las gúntas sarracenas y el espadón de los pretorianos pueden cumplir el postulado ya famoso «¡Muer a la inteligencia!», de Millán Astray. Pero la saña de las espuelas no se detiene en escritores, en artistas, en músicos o en pintores. Durante los seis primeros meses de invasión extranjera y de dominio militar, solamente en Galicia fueron ejecutados 417 médicos, 632 maestros y profesores, 187 abogados, 96 farmacéuticos, 23 telegrafistas y 42 ingenieros. La proporción es, más o menos, la misma en todas las ciudades y en todos los pueblos de la España dominada por Franco.

Entre los nombres inmortalizados como víctimas de la barbarie fascista, se encuentra Leopoldo Alas, rector de la Universidad de Oviedo; Ricardo González Echegarri, de la Universidad de Santiago de Compostela; Salvador Villa Hernández, rector de la de Granada, y los catedráticos de la misma señores Duarte Salcedo y Palanco Romero; Augusto Vinuesa, de la Universidad de Zaragoza; Joaquín Andrés Martínez, del Instituto de Teruel; Manuel Santamaría, del de León, y José María Vinuesa, de la Universidad de Salamanca. También hay que registrar la muerte de don Arturo Pérez Martín, vicerrector de la Universidad de Valladolid y antiguo director del Liceo, de Costa Rica, a quien, igualmente, los sublevados ejecutaron sin formación de causa.

Muertos están todos ellos; pero sus cenizas y las cenizas de los libros destruidos serán cimiento de un mundo mejor.

He hablado—dice—de los representantes de la genuina civilización occidental. También hablan de civilización occidental los que quemando libros y fusilando a quienes son capaces de producir cultura. Hay

en el mundo contemporáneo dos civilizaciones occidentales distintas: la que beneficia a la humanidad, la del arte, la de la cultura, la de la ciencia, la que no destruye, sino que salva, y la que está en contra de la humanidad, la de químicos que trabajan en sus laboratorios en un sentido antihumano, la de mecánicos e ingenieros al servicio de la matanza, la de las castas privilegiadas, que tratan de perpetuar la monstruosidad de un régimen en el máximo de su descomposición espiritual y material.

García Lorca siguió en el arte poético la ruta de Juan de la Encina, de Lope de Rueda, cuyo «Paseo de las aceitunas» se pone todavía en escena. Volvió a la leyenda y al metro del romance, dando aliento de novedad a sus creaciones literarias. Cultivó, no obstante, el arraigo andaluz de sus estrofas, precisamente por ello, la poética popular española, de tal modo, que al leerlo, surge como una evocación la España medieval de los cantares de gesta, la España de Cervantes, de Góngora, de Garcilaso, de los más altos y aun de los ingenios medios del habla de Castilla. Pero que sigue siendo, por sus ansias de libertad, de democracia y de justicia por ser venero de cultura y de heroísmo, la España magnífica de hoy. Esa España que no aman ni comprenden los de la otra civilización occidental, y que cantan toda una brillante pléyade de poetas en plena juventud, y en plena guerra sienten e interpretan a su pueblo en armas contra la barbarie fascista; la España de los que iluminan con sus versos a toda una raza, pues que en América se reflejan sus destellos.

Nosotros — agregó Vicente Sáenz —, los que rendimos tributo a García Lorca, los que estamos con los jóvenes y con los viejos que en verso o en prosa, con sus cuadros con sus melodías o con su escultura defienden la realidad humana española y su leyenda estética, que ahora tiene que ser ética; los que llenos de emoción, nos inclinamos ante todo aquello que constituye la grandeza moral de España y la de América, nos acogemos a esa auténtica civilización occidental, que es, ni mucho menos, la que producen los obispos, los nobles sin nobleza, los legionarios extranjeros, los mahometanos, los «nazis» alemanes, los fascistas de Roma y los servidores de Franco, de Queipo, de Mola, del capitán Doval. Clamamos, acá, en América, por la tiranía por la fuerza los que siempre estuvieron a su servicio. Nosotros hemos de seguir por nuestra ruta, repitiendo estas palabras dedicadas a García Lorca por Rafael Alberti: «Tu voz velada, a través de otras voces, se escucha en nuestra guerra. Pero lo que más resuena es tu sangre, que nos grita con todos los pulmones, que se levanta continuamente como un inmenso puño de condenación y de protesta.»

Entierro de los cuatro marineros ingleses del "Thorpeness", en Tarragona

Tarragona, 22.—Las alas negras actuaron anteayer sobre Tarragona. Esta vez, a la sangre española vertida, se unió la de otros varios compatriotas ingleses. En el puerto de Tarragona, anclado al muelle del Paralelo se encontraba el vapor "Thorpeness", de la matrícula de Griffiths, de 6.700 toneladas de desplazamiento. Componían la tripulación treinta y cuatro tripulantes, de los que ahora no restan en perfecto estado más que quince. Siete de ellos han muerto y el resto se encuentran hospitalizados en el hospital de la Generalidad de Tarragona.

El "Thorpeness" había llegado hace unos días al puerto de Tarragona, con cargamento de carbón. No era éste sólo su contenido, también encerraba en sus bodegas un cariñoso recuerdo de la democracia inglesa para los luchadores españoles; mejor dicho, para sus hijos, los pequeños descendientes de los combatientes de la libertad. Este regalo era una partida de azúcar enviada por las Cooperativas inglesas obreras.

Hacia las siete y media de la mañana, habían comenzado, anteayer, las tareas de descarga. Se empleaban en ellas medio centenar de hombres, además de la tripulación del barco. Y de pronto, en forma súbita, pero preconcebida por la orientación que tomaron los aviones enemigos, tres "Junkers", trimotores alemanes, con un avión de caza que les protegía, arrojaron vertiginosamente toda su carga sobre el vapor inglés. Este, que es dependiente de la casa consignataria Matías Mallol, exhibía su nacionalidad en tres distintos lugares del buque: tanto en el mástil más alto, correspondiente a la antena de radiotelegrafía, como en las dos extremidades del vapor, a proa y a popa, lucía la bandera inglesa. El pabellón de la Gran Bretaña, desplegado, parecía que debía garantizar a estos trabajadores británicos. Pero a los aviones fascistas no hay ningún tope que les haga detenerse. Las bombas fueron cayendo alrededor del buque, a ambos lados, y algunas en la misma cubierta. Cinco de ellas hicieron explosión tan inmediata a la embarcación, que buen número de tripulantes ingleses, al mismo tiempo que otros trabajadores españoles, eran víctimas de la metralla.

En lo que fué capilla del hospital de la Generalidad, en Tarragona, se había instalado la cámara mortuoria, donde han reposado los restos de los cuatro tripulantes que hemos enumerado, hasta el momento del sepelio. Encerraban los restos cuatro féretros negros, y en la cámara, vestida de rojo, no había más que una sola corona de las muchas recibidas: era una monumental, de flores naturales, con rosas, jazmines y violetas, dedicada por el Gobierno de la República española. La inscripción de esta corona, montada sobre nuestra bandera tricolor, decía así: «El Gobierno de la República a los tripulantes del "Thorpeness", víctimas de un crimen ale-»

Para rendir honores a los restos de los tripulantes del vapor inglés, habían llegado a Tarragona, desde Barcelona, una sección completa de infantería de Marina y la escuadra de batidores completa de un regimiento de Aviación. En la amplia Avenida de Pablo Iglesias, ante el

edificio del hospital, formó la citada unidad militar, con bandera, para cumplir su cometido. A las doce de la mañana se procedió a sacar los cadáveres del Depósito, y eran colocados, dos a dos, en dos coches fúnebres, adornados con flores y con las banderas de Inglaterra, España y Cataluña. La inglesa envolvía los féretros, y rodeaban el coche las otras dos, entrelazadas. Sobre cada uno de los dos vehículos se colocaron cuatro coronas de las siguientes personalidades: ministro de Defensa Nacional, Generalidad de Cataluña, tripulantes del "Thorpeness" y Colectividad de Obreros Portuarios de Tarragona, a los tripulantes ingleses, en el primero, y las enviadas por la C. N. T., U. G. T., Ayuntamiento de Tarragona y consúl británico de esta localidad, en el segundo.

Para representar al Gobierno en la fúnebre comitiva había llegado el subsecretario de Transportes y Marina Mercante, señor Torres Campaña, y el subsecretario de Marina, don Valentín Fuentes.

Igualmente se encontraban desde esta mañana, en Tarragona, los diputados laboristas que han visitado últimamente los frentes españoles. A su paso por Castellón, conocieron ayer el suceso de que habían sido víctimas unos compatriotas, y han acudido a rendirles el último tributo. Formaban la delegación británica los diputados Dobbs, que la preside; comandante militar, teniente coronel de Marina, Fleth, y los señores M. Whitely, Davidson, Henderson Griffiths, a los que acompañaba el teniente Caye, norteamericano, en representación de las brigadas internacionales, y el capitán de Carabineros Castillo, que representaba al ministro de Defensa cerca de los diputados laboristas.

Colocados los féretros en las carrozas mortuorias, pasaron ante la compañía que rendía honores, saludando la enseña nacional española al paso de los restos de los tripulantes británicos.

Inmediatamente se formó la comitiva. Formaban la primera presidencia: el alcalde de la ciudad, Francisco Conde; el delegado de Orden Público de la Generalidad, Joaquín Fort, que llevaba la representación del Presidente de la Generalidad; el delegado de Orden Público, don Juan Rodríguez, con la representación del ministro de la Gobernación; Mr. Dobbie, por los

parlamentarios ingleses, y el señor Torres Campaña, en representación del Gobierno español; el subsecretario de Marina, el capitán del barco, Mr. Robert; el consúl británico, don Ignacio Navarro, y el comandante militar de la plaza, señor Pérez Farrás. En el fúnebre cortejo figuraban todas las autoridades locales; entre ellas, se encontraban el presidente de la Audiencia, señor Miró Esplugas; el fiscal, señor Balaguer Tort; el teniente fiscal, Merelo Barberá; el comandante de Marina, don Nicolás Boscán; el comandante jefe de Carabineros, señor Serrano; el capitán jefe del batallón de Retaguardia, señor Pérez; el diputado señor Nogués, y otros. También iban en la comitiva una numerosa representación del Cuerpo diplomático; el encargado de Negocios del Consulado de Francia; la tripulación del barco; jefes y oficiales de la guarnición francos de servicio, y Agrupaciones sindicales, políticas y culturales. La fúnebre comitiva, que era cerrada por la compañía encargada de rendir honores, se dirigió, por la Avenida de Pablo Iglesias, al Paseo de Julio Antonio, hasta llegar a la explanada situada frente al edificio de Asistencia Social, donde tuvo efecto la ceremonia de despedida oficial del duelo. Las carrozas fúnebres y las que daban guardia de honor personal de los Servicios municipales, se detuvieron ante la presidencia oficial, y entre ésta y aquellas desfiló la compañía de infantería de Marina, a paso de marcha y dirigiendo, los soldados, la vista a los féretros al llegar ante los mismos. A continuación, la numerosa muchedumbre que formaba el cortejo desfiló allí mismo, ante la presidencia del duelo.

Después, ya en privado, el cortejo se encaminó al bello recinto del cementerio británico de Tarragona, situado a orillas del mar, donde habían de recibir sepultura los restos de los tripulantes del "Thorpeness". Todas las personalidades oficiales les acompañaron hasta la última morada. En el cementerio inglés la ceremonia fué realmente emocionante. Bajados los féretros de las carrozas a hombros de los tripulantes del "Thorpeness" que han resultado ilesos, formaron, en línea, detrás del capitán del buque, que iba a sustituir al pastor protestante, Mr. Robert procedió a leer en la Biblia las oraciones de rigor,

y a continuación, precediendo a los féretros, entró en la cripta, en uno de cuyos laterales se abrían los nichos en que se depositaron los féretros. Cuando esta operación se hubo realizado, penetró en la cripta la comitiva, y el capitán volvió a dar lectura a nuevas oraciones, algunas de las cuales fueron contestadas en alta voz por los diputados laboristas y demás súbditos ingleses, de religión protestante, que asistían a la ceremonia. A continuación hubo otro hecho igualmente emotivo: el jefe de máquinas del "Thorpeness" arrancó de la corona donada por el Gobierno de la República un pequeño ramillete de flores amarillas, repartiéndolas en cuatro, depositándolas sobre los cuatro féretros.

Acabada la materialidad de la ceremonia, tomó la palabra el jefe de la Delegación laborista, quien empezó por agradecer las muestras de afecto que Inglaterra y los tripulantes del "Thorpeness" habían recibido del pueblo de Tarragona con ocasión del triste acto a que asistían. Estamos aquí—dijo—para asistir al entierro de estos bravos hombres, que han muerto en defensa de la libertad. No es la primera vez, en el tiempo que transcurre de vuestra guerra, que ello sucede. Otros ingleses han vertido ya su sangre en España en defensa de las ideas de libertad.

En este momento solemne—agregó—he de lamentar que haya hombres capaces de vulnerar las leyes internacionales y de cometer actos tan brutales como significan los recientes bombardeos de que han sido víctimas vuestras ciudades de Barcelona, Tarragona y Valencia. Terminaré mis palabras dedicando un saludo a los muertos, en nombre del Partido Laborista que represento y de Inglaterra, a estos luchadores que, como tantos hermanos nuestros, han caído en defensa de las ideas democráticas y de libertad. No les digo adiós, sino hasta luego—acabó diciendo el representante laborista.

Tomó entonces la palabra el señor Torres Campaña, que comenzó por manifestar usaba de ella por la deferencia del subsecretario de la Marina de Guerra y para expresar el sentimiento del Gobierno de la República y del Presidente de las Cortes, cuyas representaciones ostentaba. Señaló el subsecretario de Transportes que el sensible acto

que tenía efecto era una consecuencia más de la política de «No Intervención», y resaltó ante los parlamentarios ingleses que el Gobierno y el pueblo español luchan en defensa de su independencia y también de la democracia mundial. Nosotros—dijo—hacemos la defensa legítima de nuestra tierra para expulsar a los que quieren someterlos.

Os ruego que seáis intérpretes, ante el Parlamento y el pueblo inglés, de lo que habéis visto. Bastantes incidentes habéis sufrido durante vuestra visita, y aguardo, esperando, que este acto doloroso a que asistimos sea el último. Espero, asimismo, que interpongáis vuestro esfuerzo en nuestra ayuda y que tengáis en cuenta la compenetración de España e Inglaterra y de los demócratas de uno y otro país, que ha quedado sellada, una vez más, con la sangre de esos héroes a los que ahora damos sepultura.

Termino pidiéndoles que nos ayudéis a acabar la gigantesca obra de independencia nacional que realizamos y que, al mismo tiempo, es de defensa de la libertad del mundo.

Hemos tenido ocasión, en el curso del entierro, de conversar con el capitán del buque inglés agredido, Mr. Robert. Sus bellas palabras han sido las siguientes: «Tengo el corazón lleno de adhesión para los españoles. Mi agradecimiento es infinito por el trato que a mí y a mis hombres nos habéis dado, a pesar de las circunstancias infortunadas que padecéis. No conozco pueblo más valiente que el español, y si se me presentara ocasión de venir de nuevo con otro barco, será para mí un gran honor pilotarlo.»

Asimismo queremos resaltar, como síntesis de esta información, las manifestaciones hechas ante nosotros, y ante el consúl inglés y los diputados laboristas, por el jefe de máquinas del "Thorpeness", Mr. F. A. Galbrat. Este oficial ha ratificado oficialmente que en el momento de producirse la agresión, el barco lucía la enseña británica en tres lugares diferentes y perfectamente visibles.—Febus.

De ex condesa a asilada

Madrid, 20.—Doña Dolores Téllez Girón, ex condesa-duquesa de Benavente, abandonada por sus familiares, se ha visto obligada a dejar su palacio en el Paseo del Cisne e ingresar en un Asilo de Ancianos.

Se trata de una dama de setenta años, emparentada con el ex duque de Alba.

La casa de Benavente, desde 1901, tenía la primacía de la nobleza.

La actual poseedora del título era la 16 condesa de Benavente y la 11 marquesa de Javalquinto, aparte de otras baronías y condados.

LOS CRÍMENES MONSTRUOSOS DEL NAZISMO

El verdugo de Hitler sigue segando cabezas

BERLIN, 22.—Esta mañana han sido ejecutados, con hacha, en el patio de la prisión de Piesenzens (Berlín), Gerhard Diehl, de treinta y cinco años; Félix Boeck, de treinta y nueve, y Arturo Fescke, de treinta años, los tres condenados por «alta traición».—Fabra.

NOTAS DE LEVANTE

Religiosas que desmienten a los facciosos

Por esto es bombardeado el edificio en que se alojan

Valencia, 22.—La Dirección General de Prisiones nos remite la siguiente nota:

«En el ex convento de Santa Mónica, de esta capital, y en concepto de custodiadas a cargo de esta Dirección General de Prisiones, se albergan en la actualidad doscientas religiosas, a las que la República reintegró a la vida civil. Trabajan doce horas diarias en los talleres, allí instalados, para la confección de prendas con destino al Ministerio de la Guerra y las prisiones; y de los jornales que se les abona por su labor, obtienen lo necesario para vivir decorosamente, y aun les sobra para poder cuidar y alimentar a cuarenta ancianos de uno y otro sexo, mayores de setenta años, antiguos asilados de establecimientos de caridad.

Conviene que la opinión sepa que la prensa facciosa publicó recientemente amplias informa-

ciones, relatando los escándalos, los suplicios y los atropellos salvajes que, según ellos, se venían cometiendo en el ex convento de Santa Mónica con estas mujeres, y fueron ellas mismas las que, ante tales falsas informaciones, las desmintieron categóricamente, con verdadera indignación, ante varios prestigiosos periodistas extranjeros, que estuvieron a visitar el establecimiento. Esto hace pensar que esa espontánea y sincera declaración de las religiosas, haya sido la causa de que, por dos veces, haya bombardeado la aviación facciosa el magnífico edificio de Santa Mónica, donde se cobijan, ocasionando víctimas entre las ocupantes del establecimiento, que han pagado así, con su sangre, el atrevimiento de declarar la verdad ante representantes de la prensa de casi todo el mundo, desmintiendo las falsedades de la prensa facciosa.»

LOS MARTIRES DEL FASCISMO

El catedrático Dr. Barjau e hija, víctimas de un bombardeo

El catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona doctor Francisco Barjau Pons, muerto por la criminal aviación fascista, nació en Manresa el año 1852.

Hizo sus estudios en Barcelona y fué condiscípulo del doctor Antonio Rubió y Lluch.

En el año 1895 el doctor Barjau comenzó a profesar en la Universidad de Sevilla y en el año 1904 ocupó en la Universidad de Barcelona la cátedra de Lengua hebrea en la Facultad de Filosofía y Letras.

Hombre que sabía unir a su preclaro talento un trato exquisito, inmediatamente supo captarse la sincera estimación de profesores y de alumnos. Sus dotes personales, su talento y esta fundamentada simpatía le llevaron a ocupar, primero, el cargo de secretario de la Facultad a la que pertenecía y, después el de decano.

El doctor Barjau pertenecía a la Escuela de hebraístas que fundó en España el doctor Corbera y a la que pertenecieron los doctores Ribera y Viscasillas, éste último también en su tiempo profesor de nuestra Universidad. Era miembro, además, de la Academia de Buenas Letras de Barcelona.

Fueron discípulos del doctor

Barjau, el doctor Millás, actual profesor de hebreo de la Universidad, y el profesor González Llobera, de la Universidad de Wessfals, hombre eminente en los estudios rabínicos internacionales.

También contáronse entre sus discípulos los doctores Bosch Gimpera, actual Rector de la Universidad; Serra-Hunter, Joaquín Balcells, prematuramente fallecido, y Jorge Rubió.

El doctor Francisco Barjau Pons publicó, entre muchas otras obras, una gramática hebrea, un estudio de las obras del judío catalán Ieduiiah Hapenini, y dió a conocer importantes fragmentos hebreos de Jesús Ben Sirah, descubiertos en El Cairo el año 1896.

En la actualidad, el doctor Barjau contaba ochenta y seis años. El venerable profesor se sentía rodeado de los máximos respetos.

El día de su muerte, el anciano catedrático, para aprovechar la hora del sol, salió a dar un paseo, acompañado de su hija. El fascismo inhumano segó dos vidas plácidas.

La muerte del catedrático doctor Francisco Barjau Pons ha sido sentidísima en todas partes donde era conocido y, muy particularmente, en nuestra Universidad.

Los testafierros del fascismo conjuran contra Ginebra

La ofensiva que los Estados totalitarios han emprendido contra la Sociedad de Naciones, entra ahora en su período culminante. Las potencias fascistas tratan de sembrar la discordia en el seno de la Liga, valiéndose de pequeños Estados que han hecho allí la política de Italia y que ahora pretenden continuarla, dificultando descaradamente la institución ginebrina. Polonia, Suiza, Suecia y algunos países americanos han hecho declaraciones muy sospechosas acerca de la reforma del Pacto y de los fines que persigue Ginebra. Motta y Beck, los dos filofascistas que admiran en secreto a Hitler y Mussolini, han hablado recientemente de que Ginebra va a convertirse en el instrumento de un grupo ideológico. Hablan, naturalmente, de la ideología democrática, que ellos rechazan «a priori», por considerarla un peligro para los Gobiernos de tipo reaccionario que ambos representan. Son ellos mismos, apoyados por el representante de Chile, los que hablan de «universalizar» la Sociedad de Naciones, sabiendo de antemano que eso es imposible, porque Alemania y el Japón han declarado reiteradamente que no participarán en la Liga, e Italia acaba de abandonarla. Piensan quizá que, en

el caso de que no pertenezcan a Ginebra todos los Estados, la Sociedad debe dejar de existir.

Como se ha dicho muy certeramente en «Journal de Moscú», resulta paradójicamente sarcástico que pretendan manejar el organismo ginebrino las naciones que están fuera de él y se han manifestado incompatibles con su espíritu. El golpe va, por lo que se ve, contra Francia e Inglaterra.

El problema es muy fácil, y tiene una solución clarísima. Deben permanecer en Ginebra las potencias pacíficas, las que no sólo expresen en discursos su voluntad de paz, sino que la demuestren con hechos. Era una contradicción intolerable que Italia, que había despojado impunemente a Etiopía y hace la guerra en España, permaneciese en Ginebra, colaborando en trabajos encaminados a mantener la paz. ¿Nación pacífica una nación que enciende la guerra y se burla del Pacto agrediendo a los Estados miembros de la Sociedad de Naciones? Esta se creó con fines de seguridad colectiva, sometiendo sus participantes a unas estipulaciones que Italia ha violado despectivamente. No es que se haga un bloque contra el fascismo. Lo que sucede es que el fascismo pugna con

los esfuerzos de paz de la democracia y falta a los acuerdos con repugnante cinismo, estableciendo especie de terrorismo diplomático al que es preciso replicar.

La importancia de la Liga consiste en que sea numerosa, en que aquellos Estados que pertenecan a ella cumplan lealmente sus compromisos. El ideal sería, naturalmente, que figurasen allí todas las potencias del orbe. Pero como las naciones guerreras se han separado para tener las manos libres en la agresión, las que quedan tienen que estar unidas por el mismo sentimiento de salvaguardar la paz.

Ahora bien: tanto Eden como Delbos tendrán que reconocer que una Liga inoperante, superflua, manchada de retórica, no resuelve nada en los gravísimos momentos actuales. Es preciso que Ginebra obré eficazmente en defensa de la paz. Para ello hay que ser «sancionistas» y revisar cuestiones que, con la de España, dieron motivo para desconfiar de la virtualidad del Pacto. Puede que ciertos países que se inclinan a ingresar en la constitución fascista, amenacen, en tal caso con retirarse. Es preferible eso que continúe el espectáculo indecoroso que ofrecen los testafierros de Roma y Berlín.

Los católicos y el Estado Español

Por ENRIQUE MORENO

(Continuación)

Es cierto que la mayoría de los partidos católicos apoyaron la sublevación; pero no es menos cierto que estos partidos fueron siempre un descrédito para la Iglesia. Es verdad que los carlistas navarros se alzaron en armas inmediatamente; pero el recuerdo de otras guerras con la confusión de lo espiritual con lo temporal, ha pesado demasiado sobre nuestra Iglesia para que caiga en el mismo error cien años después. Si es cierto que la violencia del pueblo estalla a veces contra la religión, esto ocurre porque en su mente identifica el nombre de Dios con el de capitalismo; por lo tanto, el mejor modo de enseñarles a conocerlo de verdad, es no identificarlo con los ultrajes de las tropas legionarias y la codicia de los dictadores, como han hecho nuestros obispos. Claro que la victoria de los rebeldes le devolvería a la Iglesia su libertad y sus privilegios, pero la divorciaría completamente de nuestro pueblo. La actitud de los obispos ha de traer tan serias consecuencias, que nada perjudicaría tanto a la religión como la victoria de los insurrectos.

No negamos la existencia de ciertos problemas, que separan a la Iglesia y al Estado. El error de nuestros obispos estriba en su afán de restablecer las cosas como estaban antes, sin vacilar ante las más dudosas alianzas para obtener sus fines, ni advertir que las armas políticas no son tan eficaces como las de la gracia, y que son otras necesidades las que corresponden a estos tiempos. Por esto, se dejan seducir ante la posibilidad de conseguir por la violencia lo que no les dieron los votos de sus electores, y para ello ni siquiera han retrocedido ante el sacrilegio de unir el nombre de Dios a la sublevación (1).

Sin embargo, hubo muchos católicos que comprendieron, desde el primer instante, el cataclismo producido por nuestro clero y que consideraban que dar su apoyo a la legitimidad del Estado sería no sólo la mejor manera de encauzar las energías del proletariado, volviendo a crear el orden indispensable al florecimiento de la Religión, sino también la única actitud que debían seguir para conformarse a las enseñanzas de la Iglesia. Pues, aunque quizá nuestros obispos prefieran olvidarla, existe una doctrina del Pontificado mantenida fielmente, sin interrupción, desde Gregorio XVI hasta S. S. Pío XI, según la cual los fieles tienen la obligación de obedecer a las autoridades legítimas, aún en el caso en que éstas, conforme a las palabras de León XIII, abusen de su poder contra Cristo.

Se puede objetar que la legitimidad del poder está

condicionada por el modo de ejercitar éste, y que cuando un Gobierno no logra contener el desorden social provocado por sus enemigos, su legitimidad sufre una merma, proporcionada a la debilitación de su autoridad y corre peligro de convertirse en un valor puramente moral, rico en posibilidades, pero cada día más estéril. La sublevación facilitó este proceso, quitándole al Estado todos los organismos indispensables a la seguridad pública.

Si esto hubiera ocurrido en un país de valores éticos más débiles que los de España, o en un momento histórico en que nuestro pueblo tuviese menos energías vitales que ahora, la consecuencia inevitable hubiera sido la desaparición del Estado, llevándose también todas las posibilidades de restablecer la ley y la justicia. En ese caso, no quedaba otro remedio que restituirlas por la fuerza, como los rebeldes se proponían hacer. Pero esto no fué necesario; el Estado, creando nuevamente todos los organismos de los que le despojaron los rebeldes, fortaleció, con su autoridad, el principio de legitimidad sobre el cual se apoya. Cuando, más adelante, podamos estudiar estos hechos, se verá que el prestigio de los valores, fundamento de nuestra cultura: amor a la justicia, honor y, sobre todo, esa virtud española por excelencia: la lealtad, fueron los elementos decisivos que nos salvaron de convertir la guerra en una lucha de partidos, manteniendo por encima de ellos, en la pura atmósfera de los principios, el respeto hacia la majestad del Estado, imagen y semejanza de la majestad de Dios.

Aquí surge un aspecto de la cuestión, que hasta ahora apenas se ha mencionado; me refiero a la fidelidad de los militares que, trabajando por el restablecimiento de la autoridad, hicieron posible la creación del nuevo Ejército republicano. Obra maestra de lealtad, llevada a cabo por la gracia de esas virtudes que han distinguido siempre a los españoles. Cuando los rebeldes proclaman que defienden los valores morales de la raza, olvidan que el honor está a la cabeza de ellos. Y tampoco conciben, al hablar de tradición, que lo que debemos esforzarnos en conservar, no son las formas muertas del pasado, sino el cuerpo vivo de sus enseñanzas. A la luz de ellas juzgamos mejor el «españolismo» de los militares que murieron a manos de sus compañeros por no secundar la sublevación. Felizmente, existen aún muchos españoles que por cumplir la palabra empeñada no vacilarían en sacrificar sus vidas. Otros factores contribuyen a que muchos católicos permanezcan fieles a la República: el hecho de que se haya intentado justificar, llamándole «nacional», a un movimiento venido de fuera y con los moros por fuerza de choque; el que los rebeldes no hayan vacilado en abrir España a los italianos, de tal modo, que casi puede preguntarse si son los italianos quienes ayudan a los españoles o viceversa; las declaraciones de los dictadores negándole a España el derecho de decidir su propio destino; todas estas cosas hieren la dignidad de cada español y explican por qué tantos católicos se han puesto al lado de la República. Si el orgullo de un pueblo está justificado, es en casos como éste.

La intervención de los dictadores ha removido hasta en lo más hondo el auténtico sentir español, con cuyo apoyo contaban los rebeldes y que ahora se ha vuelto contra ellos. La resistencia de nuestro pueblo, sólo se explica por el hecho de que la guerra ha rebasado el plano meramente social; hoy todo el mundo comprende que los generales rebeldes han empeñado en la contienda el suelo mismo de España (2).

(Continuación)

(1) Jacques Maritain, en un artículo sobre nuestra guerra publicado en la N. R. F., en julio de 1937, y traducido por «Colosseum» en septiembre de 1937, dice lo siguiente:

«Si, defendidos por un lado y amenazados por otros, los valores sagrados se hallan de esta manera comprometidos, su presencia no santifica ni consagra esta secular conexión; más bien, respecto a la evolución objetiva de la historia, ellos son los que se secularizan al verse envueltos en fines temporales. La guerra no se hace santa y corre el peligro de convertir lo sagrado en blasfemia.

«Es un sacrilegio evidente el quemar iglesias e imágenes, pero lo es también disfrazar a los soldados mahometanos con estampas del Sagrado Corazón, para así matar santamente a hijos de cristianos; lo es asimismo enrolar a Dios en un conflicto de pasiones donde se considera al adversario indigno de respeto y piedad.

«Empiezan a llegar testigos del terror blanco, y lo que sabemos, indica que ha alcanzado un nivel inefable de crueldad y desprecio de la vida humana. Estos actos se cometen en nombre de una guerra santa, bajo el signo y la bandera religiosa: la cruz de Cristo se yergue como un emblema sobre los cadáveres de los fusilados; y esto, ni la historia ni el corazón humano pueden permitirlo.»

Léase las Encíclicas *Mirari vos* (16, VIII, 1832), de Gregorio XVI; *Qui pluribus* (9, XI, 1846) y *Nosce et Nobiscum* (8, XII, 1894), de Pío IX; *Quod Apostolici* (28, XII, 1878), *Interim Illud* (20, II, 1833), *Immortale Dei* (1, XI, 1885) y *Milieu des sollicitudes* (16, II, 1892), de León XII; *Gravissimi Officii* (10, VIII, 1906), de Pío X; *la Carta a los Obispos de Portugal* (18, XII, 1919), de Benedicto XV, y *Divini Illius* (31, XII, 1929), de Pío XI.

(2) «The Catholic Herald», 13 noviembre 1936: «Ante las declaraciones hechas en Londres por Grandi, respecto a la neutralidad de Italia en España, un gran número de italianos cree que en la ocupación de Ibiza por fuerzas italianas bajo la bandera española. Se supone que, al terminar la guerra civil, Ibiza continuará siendo territorio español, pero estará abierta para las fuerzas italianas como base naval que les asegure el control sobre el Estrecho. De esta manera, el territorio español será escrupulosamente respetado.»

20 junio 1937: «La coordinación de los intereses de España es una cuestión candente a resolver entre Alemania e Italia. Según informes recogidos en mi visita al frente nacionalista, el territorio que hoy ocupan las tropas de Franco será dividido en dos zonas de «intereses», una para Italia y otra para Alemania. Eso no significa que habrá de ser violada la integridad del territorio español, sino que la España nacionalista es ahora un mercado que se reserva para ciertos productos italianos y alemanes y que varias minas y fábricas españolas trabajan exclusivamente para esos dos países.»